



el nombre de **SEMANARIO DE SALAMANCA.**

MARTES 7 DE MARZO DE 1797.

DISCURSO.

¿ Quid enim prodest strepitus oris muto corde?

D. August. tract. 9. in Joan. n. 15.

¿ De que sirven las palabras quando no es el corazon el que habla?

España , dicen , es el centro de la Religion. Aqui es en donde el Christianismo se ha conservado en toda su pureza : aquí en donde triunfa la Religion Católica. Yo hablaria tambien en estos términos , si hubiese tomado la pluma mas por mi bien particular , que por el general de mi Nacion. La adularia entónces de todos modos , y captaria sus aplausos , fomentando sus preocupaciones. A lo menos , declarandome contra las de menos importancia , dexaria correr intactas aquellas , que mas lisonjean su vanidad. Pero hartos Escritores hemos tenido que usasen de esta política ; y tanto contemporizar el efecto que produjo es , como ya lo he insinuado en otra ocasion , reducirnos en muchos puntos á un estado semejante al de un enfermo , que bien hallado con sus achaques , y desconociendo la enfermedad que insensiblemente le va acercando á la sepultura , en nada piensa menos que en su curacion.

El empléo que me he tomado anuncia desde luego un hombre poco contemplativo , y que hace profesion no

T

de favorecer errores , sino de combatirlos con todas sus fuerzas , y decir verdades por ásperas y desagradables que sean , como sean útiles. Y ciertamente ninguna lo es mas que ésta ; pues no de otro principio que de su ignorancia proviene este olvido general , esta indolencia en el cumplimiento de las obligaciones mas esenciales. Asi que , aunque es sin duda una de las mas duras y mas amargas , es menester decirla , y decirla no al oido , sino á voces , que sean capaces de despertarnos del profundo y peligroso letargo en que yacemos.

Si Señores ; si el Christianismo se reduce á puras exterioridades , sino consiste en mas que en la observancia de algunas prácticas piadosas , en la suntuosidad de los Templos , en el número y riquezas de los Ministros ; en una palabra , en la exâctitud , aparato y magnificencia del culto externo ; no tiene duda , en ninguna parte florece como entre nosotros. Mas si la verdadera Religion no se contenta con estas cosas ; si lejos de contentarse las abomina , y las reputa por estiércol impuro , quando no las acompaña la observancia de aquellas leyes que la razon impone , y ella confirma ; si allí florece , no en donde hay mayor número de hombres , que se dicen Christianos , sino en donde es mayor el de los que observan el Christianismo ; ¡oh ! quan pequeño fundamento tiene nuestra jactancia.

La costumbre nos ha familiarizado con los monstruos , y les ha quitado toda su fealdad á nuestros ojos fascinados. ¿ Mas quién examinando de cerca y sin preocupacion á aquellos mismos que tenemos por ajustados , los reconocerá por Discípulos de Jesu-Christo ? ¿ Dónde sino en nuestros labios se halla aquel desasimiento de las cosas terrenas , dónde aquel amor ardiente del próximo , aquel perdón sincero de las injurias , que es la divisa del Christiano ? ¿ Entre qué gentes se halla la moral mas desfigu-

rada, mas desconocidas sus mas importantes verdades?
¿ A qué pueblo en fin del Universo cedemos en corrupcion?

Mas sino buenos Christianos, somos á lo menos buenos Católicos. ¡Oh expresion absurda y escandalosa! ¡expresion la mas injuriosa á la comunión Católica, y cuya vulgaridad es por sí sola una prueba manifiesta de que muy lejos de ser lo que decimos, ni aun tenemos idéa del Catolicismo, como si este fuese una cosa distinta del verdadero Christianismo!

Bien veo que aunque esta es la idéa que naturalmente presentan estas palabras, tan comunes por desgracia en nuestros labios, queremos tan solo dar á entender con ellas, que si nuestra conducta es viciosa, nuestra fe es pura y sin tacha; y nuestra adhesion á ella superior á todas las tentaciones. Sí, decimos á *Jesu-Christo*: Señor, Señor; pero no cumplimos la voluntad de Dios Padre. Somos aquellos oyentes, pero no cumplidores de la palabra divina, que se comparan al que contempla en un espejo su semblante: vase, y olvida al instante qual sea. Aquel hijo, que dice á su padre; voy Señor, y no vá: aquel pueblo, que honra al Señor con sus labios, y tiene muy lejos de él su corazón. ¿ Pero no está escrito que la fe sin obras es muerta (1)? ¿ No es comparada por el Apóstol Santiago á un cuerpo sin alma (2)? ¿ No llama S. Juan (3) mentiroso al que dice que conoce á *Jesu-Christo*, y no guarda sus mandamientos? ¿ No nos dice S. Pablo (4) que por mas que nuestra fe sea capaz de trasladar los montes, nada somos si nos falta la caridad, aquella caridad, por la qual amamos á Dios sobre todas las cosas, y al próximo por él como á nosotros mismos? ¿ O pensamos que

(1) *Jac. cap. 2. 26.* (2) *Idem ibid.* (3) *Juan. ep. 1. cap. 2.* (4) *Ad Corinth. 1. cap. 13. 2.*

se ama á Dios y el próximo con solo decir que se ama; que basta amarle *de palabra y con la lengua*, y no en la verdad y con las obras: que consiste en fin la caridad en decir al hermano desnudo y hambriento, *andad en paz: calentaos y saciaos*, sin darle lo que ha menester su cuerpo?

Si recorremos una por una todas las verdades reveladas, ninguna hallaremos que no se dirija ó á darnos del Altísimo una idea mas elevada, hacerle mas amable á nuestros ojos, inspirarnos un amor mas puro y mas vivo á nuestros semejantes, y darnos un conocimiento mas cabal de nosotros mismos, de nuestra alta dignidad, y lastimosa miseria; ó á explicar algunos puntos de la moral, y perficionarla; ó á manifestarnos con mas plenitud la deformidad del vicio y del pecado, proponernos nuevos y mas poderosos motivos para obrar bien, y darnos armas para resistir á las tentaciones; ó á dar en fin eficacia á nuestras obras. ¿Qué es pues una creencia de estas verdades, que ninguno de estos efectos produce? *Los demonios creen tambien, y se estremecen.* ¿Por qué pues gloriarnos de semejante fe? *Mostradnos*, nos dirán, *vuestra fe sin obras*, y nosotros por nuestras obras os manifestaremos nuestra fe.

¿Y qué será si hay aún fundamento para sospechar que ni esta fe se halla por lo comun entre nosotros, que Santiago llama muerta, y los Teólogos informe? No quiera Dios que yo piense que se pierda esta por todo delito, y que para ser Christiano sea menester ser impecable. Sé muy bien, que aunque no aprovechar, puede existir la fe sin la caridad, y con una vida viciosa. Aunque no es posible que un agente racional y libre obre jamás, sino persuadido á que el bien que se propone es mayor ó mas probable que el mal á que se expone; la distancia no obstante á que nuestras pasiones nos hacen considerar las penas de una vida futura, y la esperanza

con que nos lisongean de evitarlas por medio del arrepentimiento, pueden muy bien alucinar al hombre mas persuadido de las verdades de la Religion, y disminuir á sus ojos la grandeza del mal á que le expone una vida delinvente, aumentando el tamaño del bien que ésta le proporciona: bien asi como la menor distancia de la luna nos la hace parecer mayor que las estrellas. No es pues precisamente la corrupcion de nuestras costumbres lo que me induce la sospecha que he insinuado.

Pero es un efecto que reconocen los Teólogos aun en aquella fe que no está formada por la caridad, el estremecer al delinvente con el miedo de la pena. *Lanceta* la llama un Padre de la Iglesia, que hiere últimamente al pecador, y le excita al arrepentimiento, con el qual se saca la podredumbre, y se introduce la caridad, que es la verdadera pureza del corazon. Y si es así, oh! quán difícil es de conciliar con ella esta indolencia, esta serenidad, este sosiego de tantos como vemos vivir en una perpetua contradiccion con la que dicen ser su creencia! Un hombre que mira con una total indiferencia á todo el resto del género humano; que no acortará un plato de su regalada mesa para aliviar la miseria del infeliz que perece de hambre; que no hará un servicio á otro hombre por importante que sea, si le cuesta la mas ligera incomodidad, la mas pequeña deferencia; que por mas seguridades que se le ofrezcan de su reintegro, no se privará por un corto espacio de tiempo de contemplar una pequeña parte del dinero que tiene ocioso en sus arcas, para mejorar la condicion de un honrado artesano; que vive en una perpetua ociosidad á costa del sudor de una infinidad de miserables, que trabajan para él, sin que él por su parte les recompense en manera alguna su trabajo; y que de nada de esto hace el menor escrúpulo, siente el menor remordimiento, ¿como es posible que

crea por más que haga alarde de su fe, y que recite el símbolo á cada paso, que crea, digo seriamente, que hay una vida futura, y que vendrá aquel día en que los Justos se levantarán con grande esfuerzo contra los que los affigieron y usurparon el fruto de sus trabajos? Está bien que sus pasiones le arrastrasen á pesar de su creencia; ¿pero no habia esta de ofrecer alguna vez á su imaginacion el precipicio á que le conduce su modo de obrar, y podria no temblar, y no horrorizarse al considerarle?

Negaráseme acaso que semejante conducta se halla por lo comun entre nosotros junta con una conciencia serena y exenta de remordimiento: y aun quando fuera facil, lejos de mi la idea de probarlo con exemplos particulares. ¿Mas podráse negar que á un hombre, á quien se vé obrar constantemente á la manera que he descrito, si por otra parte no es jarador, ni maldiciente, ni lujurioso, si lleva una vida retirada y uniforme, si dá tal qual ochavo de limosna, si frequenta los Templos, si tiene algunas devociones particulares, si se confiesa á menudo, si se escandaliza de oir en ciertas materias todo lo que no sea conforme al dictamen de su Confesor, se le tiene comunmente por un Santo, y no le faltan dos dedos para hacer milagros? ¿Qué digo? Los mismos que hacen profesion del estudio de la moral no hallan en su conducta cosa reprehensible, y hasta los libros mas comunes en nuestras manos están llenos de máximas que la justifican.

Pues ahora: ¿es por ventura alguna de aquellas conclusiones remotas de la Ley natural, que un hombre puede tal vez desconocer inculpablemente, y no es al contrario una de las verdades que primero y mas naturalmente se ofrecen al entendimiento humano, la obligacion de amar al próximo como á sí mismo? ¿No es claro para la razon menos alumbrada, que no le ama de

esta suerte quien no le quiere todo el bien que para sí desea, y que no se lo quiere quien pudiendo no se lo hace? ¿No es por tanto manifiesta al hombre mas torpe, y manifiesta en el mas alto grado de la continua contraposicion de semejante vida con aquel precepto? ¿Cómo es posible pues que dexé de abominarla quien tenga siquiera la fe de los Patriarcas; quien no se crea hecho por el caso, ó por un Dios como los de Epicuro? ¿Puede ser que yo me engañe, y ojalá! Mas si un hombre reflexivo, y que tuviese de la Religion sanas idéas, un Atanasio, un Cirilo, un Chrisóstomo, un Agustino, nos observase atentamente y sin detenerse en la corteza de nuestras palabras, dudo mucho que me acusase de ligereza, ó de que finjo enemigos para combatirlos. La fe del gran número le parecería una fe, por decirlo así, puramente negativa. Pareceriale que creen los dogmas de la que dicen su religion, precisamente en quanto no los niegan: ó por mejor decir, que no los creen, ni dexan de creerlos: que no piensan en ellos, y que dicen que creen, porque no cuesta trabajo, y porque están habituados á decirlo desde la infancia, ó porque es una infamia, y se castiga el no decirlo. Un hombre, que ocupado enteramente de un negocio recibe la visita de un personage importuno, y sin atender á lo que este dice, le contesta no obstante: *asi es: sin duda: está bien:* y esto ó por la fuerza del hábito, ó porque seria una grosería no contestarle: hé aquí á quien tenga por muy verisimil que compararia respecto de la Religion la mayor parte de nuestros Christianos, sin excluir á muchos de aquellos que la traen siempre en sus labios, y que en una plena seguridad de que no llegará este caso, se jactan de que darian sin vacilar por ella la sangre de sus venas.

Yo por mi parte confieso que es tan poco lo que fio

de esta fe vocinglera, que la creo tan poco arraigada en el corazón, que si Dios permitiese una persecucion contra los Católicos de España y de Inglaterra, me temo mucho que á no ser que obrase con nosotros de un modo totalmente extraordinario, la primera de estas dos regiones habia de dar á la Iglesia menos Mártires y Confesores que la segunda. Y lo cierto es, que la confesion de aquellos pocos que en esta profesan la Religion Romana, á la qual ningun interés humano puede inducirlos, y de la qual debia antes bien apartarlos quanto el mundo tiene de alagueño y de terrible, prueba por sí sola su fe con una eficacia, que no tiene ni con mucho la confesion interesada de nuestros Christianos, y desmentida continuamente con sus hechos.

Dexemos pues de gloriarnos de una creencia vana y equívoca. Y si conviene á un verdadero Christiano jactarse de su fe, acreditemos antes la nuestra por nuestras obras, y conozcamos que la *religion pura y sin mancha para con Dios Padre es visitar al huérfano, y á la viuda en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupcion de este siglo.* F. P. T. Fileno Aleyda.

Pérdida. Quien hubiese hallado una Cofia de hombre con borla de cañutillo, que se perdió la primera Dominica de Quaresma en el Sermon de San Adrian, acuda á el Palacio de Monterey en casa de Doña Ignacia Zanoero, que se le dará su hallazgo.

AVISO.

Se admiten Subscripciones á este Periódico en la Imprenta de la calle del Prior en los mismos términos ya dichos: como tambien á los Diarios de Madrid, Valencia, Correo de Cádiz, Mensagero de Granada, y al Semanario de Málaga.

CON PRIVILEGIO REAL.